

Hablar hoy con un arquitecto que merezca el título de «actual» es encontrarse con una situación humana a la vez hermosa y problemática, iluminada y dolorida; es asomarse a un espíritu con algo casi de converso y de misionero religioso, de renovador social y de artista en búsqueda inacabable a partir de un primer hallazgo renovador... Quizá la historia de las artes plásticas no había registrado nunca un giro tan total, tan comprometedor y removedor de todo lo humano, como el que separa los conceptos que rigen la arquitectura de ayer mismo y la de hoy. Pero, ya decimos: «son los conceptos» lo que ha cambiado de la noche a la mañana, no la triste, lenta y difícil realidad de las construcciones, de los encargos, de los deseos de la clientela. Un estudiante despierto «puede convertirse» casi fulminantemente a la arquitectura actual — o sea, descubriendo lo que es toda arquitectura en sí misma, y por lo tanto, lo que necesita ser hoy —; puede, incluso, en relativamente poco tiempo, familiarizarse con el nuevo repertorio de formas y materiales, y con los criterios de la exigencia funcional. Pero la sociedad, las entidades y personas que requieren el trabajo de los arquitectos, no se pueden «convertir» tan fácilmente: tienen intereses, manías, miedos, costumbres y «complejos» que les siguen haciendo preferir la arquitectura carnavalesca a la arquitectura auténtica, natural, la casa como tortuga — para recordar la gran metáfora de Richards — a la casa como animal vertebrado, con los huesos y músculos bellamente entrevistados en la acción.

La gente, un día u otro, se lanza a los llamados «estilos modernos», pero no quiere verdadero funcionalismo: quizá no lo entiende o quizá presiente confusamente que en él está contenida una verdadera revolución moral, un nuevo modo de relación del hombre con el mundo, que no es ya el que venía estando en vigencia desde el Renacimiento. Entre nosotros, la «modernización» suele consistir en pintar las paredes de amarillo limón o verde más o menos «veronés». Pero lo más triste es que en otros países donde suponíamos resuelta, al menos teóricamente, la batalla — por ejemplo, Francia —, se ve a la gente resistirse empedernidamente a la autenticidad viva de la nueva arquitectura, buscando otra vez el perifoneo y el ornamento, con horror a todo lo que se parezca a la «unidad de habitación» de Le Corbusier; si es que no — como pasa en Italia, siempre formalista, manierista y dulcemente corruptora — falsificando lo funcional y volviéndolo un barroco expresionista de patas inclinadas en los muebles y de colores a troche y a moche en las fachadas. Se empeñan en que la nueva arquitectura ha de ser «un estilo» — como el plateresco, el churrigueresco —: una fórmula fácil para estar a la moda, disfrazarse y evadirse. Verdadero «horror al vacío» sienten los posibles clientes cuando se les explica que el funcionalismo no es un estilo, sino una exigencia previa a todo estilo verdaderamente arquitectónico — la exigencia de que «funcione» —, y que por tanto implica la necesidad de que haya un interminable pluralismo de

«estilos» — no se puede «funcionar» con las mismas fórmulas en Finlandia que en Brasil, en una fábrica que en una vivienda, en una cubierta de campo deportivo que en un cenicero.

Así pues, el arquitecto actual, especialmente si le ponemos andando por las calles barcelonesas, vive en profunda desazón, pero con la luminosa certeza de haber dado con algo auténtico y renovador, algo benéfico y hermoso a la vez... La vivienda — ya lo ha visto claramente — debe hacerse desde las conveniencias del hombre y del material; no como quien oculta avergonzadamente la vida con una mampara incrustada de cintas neoclásicas. El edificio no es una caja con su tapa; crece como un árbol, por donde le hace falta, mirando al sol y dándose sombra a sí mismo, irguiéndose por el aire para respirar. Ya la ruptura del viejo cajón de piedra, o falsa piedra, hacia la «planta libre» — y el alzado «casi libre» — fue una auténtica «toma de Bastilla» en la historia de las creaciones humanas. El arquitecto actual vive así sobre una conquista definitiva, aunque sólo sea teórica; sabe que la mejor belleza brota de la vida misma, de la realidad; a partir de la forma exigida por el cobijo de la familia y por la resistencia del hormigón armado.

Pero el mundo va con lentitud desesperante; el viejo comerciante, los jóvenes recién casados, quieren lo de siempre, un edificio que dé impresión de «rancio abolengo», o, si deciden modernizarse, se lanzan a una orgía de pseudo-cubismos decorativos. El arquitecto actual, además de luchar con los planos y los obreros, tiene que trabajar como educador del cliente, e incluso como disimulado psiquiatra: tiene que curar los «complejos» de megalomanía o de miedo a la pobreza, para lograr la hermosura de la vivienda donde se puede respirar, ver y estar.

«— Pero si les quita Vd. el ornamento ¿qué les queda? —» me decía, con sonrisa triste, un joven sacerdote, después de oírme una charla sobre «estética del hogar», en un centro comarcal. Por eso, por su implicación moral, por su tensión ascética y artística a la vez, la arquitectura nueva difícilmente estará destinada a un auténtico triunfo universal: la misma elevación del nivel de vida se encarga de corromperla. Observemos lo ocurrido con los autos: muy poco después de hallar su modo de belleza aerodinámica, ya empezaron a barroquizarse, recargarse y contorsionarse. Una de las grandes sátiras de Saul Steinberg es, simplemente, el dibujo de una calle americana atestada de radiadores cromados y enjados.

El arquitecto actual, por tanto, después de su primera época «apostólica», tendrá que hacer frente a otro enemigo peor que las antiguallas neoclasicistas: la corrupción ornamentalista y exhibicionista de lo que nació bajo el lema de Perret: «Todo ornamento oculta un error de construcción».

Como preparación para este nuevo combate, el arquitecto actual, por paradójico que parezca, no tiene más camino que volver a criticar su propia situación, sin contentarse con lo ya sabido: si



dogmatizara lo conquistado, ésto se pudriría ante el conformismo inminente.

Es decir: debe darse cuenta de que la arquitectura nueva no ha hecho más que empezar, y todavía le falta sacar las principales consecuencias, viviendo por ahora una fase interina e insatisfactoria. Empecemos por anotar algún contrasentido, sin ánimo de invadir terrenos técnicos, sino sólo para sembrar nuevas inquietudes: la arquitectura vive aún la época de los prototipos, de los modelos de artesanía, hechos «a mano» y uno a uno. Esta situación no puede durar indefinidamente: quizá por ahora — como me dicen algunos amigos arquitectos — la prefabricación no sea muy económica, pero a la larga el arquitecto tiene que meterse en una «fábrica de casas», a trabajar en serie y en equipo. Tanto el privilegiado que tenga un solar campestre, cuanto la gran corporación pública, pedirán sencillamente, como se hace con los autos, un catálogo de modelos, para luego — igual que en esas prendas semiconfeccionadas que hoy desplazan a los sastres clásicos — dar la «última prueba» sobre el terreno. Y todo ello, sin comprometerse definitivamente con una forma de casa, sino pudiendo cambiarla, aumentarla, etc., conforme cambia la vida familiar; del mismo modo que en los bloques de vivienda se ha de suponer una rotación, desde el apartamento de soltero, a la casa con muchos niños, y luego otra vez a la pequeña vivienda de los viejos. Si los lectores de «Cuadernos de Arquitectura» me perdonan que me meta en terreno técnico, creo que el arquitecto austriaco Wachsmann ha entrado por ese camino, con un tipo de estructuras modificables.

Pero sobre todo, el arquitecto actual debe acrecentar cada vez más su conciencia urbanística y social, ya en visible aumento. De poco sirve — ya lo sabemos — hacer nuevos edificios, si las calles son intransitables y si hay que irse a vivir muy lejos del trabajo, gastando las mejores horas de nuestra vida en traslados; de poco sirve que cada familia tenga su casita con jardín, si los aparatos de radio y las conversaciones penetran de una a otra, y no hay sitio para plantar una triste acacia. Me atrevería a decir: De poco le sirve a un aprendiz de arquitecto analizar las obras de Gropius o de Le Corbusier si además no lee atentamente los libros de Mumford. (Pero aquí tocamos un significativo hecho: todos los diarios

tienen sus críticos de «arte», libros, cine, toros, etc., y ninguno tiene una sección fija de crítica de arquitectura: la admirable labor de Bruno Zevi, primero en *Cronache* y luego en *L'Espresso*, o las temporadas de Lewis Mumford en el *New Yorker*, forman excepciones que no tienden a proliferar, quizá por «tabus» de intereses económicos, o por simple desatención de la gente).

La inserción en equipo con el urbanista, el sociólogo y el gobernante (y por otro lado, con el mueblista, el pintor, el ceramista...) obliga al arquitecto a replantear la cuestión de la «individualidad». Se suponía, por influjo renacentista y romántico, que ser arquitecto era, sin más, ser artista, y a su vez, ser artista era acreditar la genialidad del individuo.

Frente a eso, nuestra época, como la Edad Media, empieza a ser época de equipos: resulta un valioso síntoma que, si nos preguntan cuales son los principales «nombres» de la arquitectura actual, hayamos de poner, al lado de varios apellidos más o menos aislables, este enigmático grupo de iniciales: BBPR. (Pienso también, cerca de nosotros, y entre otros muchos grupos, en el equipo constructor de la Facultad de Derecho de Barcelona, Giráldez-López-Iñigo-Subías — respetemos el orden alfabético siempre —: tuve ocasión de ver el desconcierto, ante su unidad, de un eventual cliente que quería proponer un trabajo «solamente a alguno de ellos», por ser asunto, a su juicio, de poca envergadura para tanta firma).

Ahora comienza la segunda y decisiva etapa de la arquitectura: el juego ya deja de estar en manos de unos cuantos genios renovadores, con aire de grandes e ilustres paquidermos o de sabios chiflados — Wright, Le Corbusier, Gropius... —; la cuestión se empieza a ventilar entre todos, o mejor dicho, en la sociedad en cuanto sea orgánica y consciente del bien común y del bien individual.

Es la mayor grandeza de los hombres que han hecho resurgir las posibilidades de la arquitectura: haber trabajado humildemente contra su propia genialidad, haber empleado toda su rica individualidad en lograr una conquista para la colectividad. Pero el verdadero creador es el que está dispuesto a sacrificar su firma con tal que perdure su obra.